

corazones, se estrechen nuestros brazos, que se confundan nuestras lágrimas, y que desde hoy seamos el uno para el otro, de los dos uno. ¿Qué dices, Pepe, aceptas la sincera amistad y la eterna adhesión de este pobre Astucia?

— Con todo mi corazón, querido hermano, y apeándose de los caballos se abrazaron con la mayor sinceridad á tiempo que comenzaba á salir el sol; por lo que, volviendo la cara Lorenzo y mirándolo, dijo lleno de entusiasmo : — Astro luminoso, presencia nuestros votos, y primero deje de brillar tu hermosa luz y nos sepultemos todos en horriblas tinieblas, que nosotros dejemos de ser *el uno para el otro, y de los dos uno* ¿Lo ratificas, Pepe?

— Sí, y agrego, que sólo la muerte podrá cortar nuestra amistad y mutua correspondencia. — Pues diremos ahora lo contrario del refrán del charro : Andando que ya el sol sale, marchemos. Volvieron á estrecharse fuertemente, y montando en sus caballos prosiguieron su camino.

## CAPITULO XI

Informes. — D. Gaspar. — Chucho el Grillo. — Sentencia. — Ladrón que roba á ladrón. — Travesuras del Diablo. — Abraham de los Reyes.

Al llegar á una encrucijada, se fué Pepe para la izquierda y á un árbol de tejocote que tenía una rama desgajada é inclinada para un lado, se la puso en dirección para el otro opuesto, diciendo : — Este arbolito nos sirve de veleta : cuando está la rama para la izquierda, anuncia que deben coger los hatajos para el camino que llevamos, y cuando está para la derecha, como la acabo de poner, indica que sin recelo pueden tomar el camino de arriba que conduce al Rancho Viejo. Como que es preciso que te reconozcan por jefe, debo irte imponiendo de todo. En la barranca del Zopilote que pasamos cuando salió la luna, tenemos un espejo y su cardillo, es decir, un hombre situado en la cima que vigila el camino que viene del pueblo de San Isidoro, y de cuanto transeunte pasa que pueda infundir algún temor, da desde luego aviso al rancho con su compañero, que es el cardillo y con quien alterna en la vigilancia; en los días en que tenemos que transitar por aquí, tiene su vereda conocida por el mismo monte, en veinte minutos está transmitida la noticia en caso de que sea necesario, los telégrafos avanzados nos advierten el riesgo que pueda haber, por qué rumbo es, y de qué condición; de la barranca al rancho hay tres leguas, del rancho al puerto, que es el otro extremo del lindero, cosa de cuatro, y para el pueblo dos y media; en este último, tenemos espejo y telégrafo, en el Zopilote espejo y cardillo, en el puerto y rancho, espejo, telégrafo, y galgo. Hace más de un año que para tener paraderos seguros y un buen agostadero para nuestra mulada, arrendamos por siete

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. YES"  
No. 1626 MONTERREY, MEXICO

años este rancho de la Soledad, una legua más arriba, están unas trojes y corrales que hemos repuesto, y le llaman Rancho Viejo, para que cuando haya algún inconveniente, previo aviso, nos dirijamos para allá, y evitemos un compromiso.

Por la misma renta subarrendamos á un D. Gaspar que nos facilita pasturas, nos atiende y con sólo el gasto que le hacemos, nos cubre el subarriendo y le salimos debiendo; tenemos reservados para los hatajos, todos los pastos del monte en la parte alta, le quedan todos los hajíos, labores, y demás esquilmos del rancho, de manera que se ha encontrado el tal D. Gaspar una buena ganga y está muy contento; pero yo no lo estoy, porque me parece que es un bribón de siete suelas, que por hacerse el necesario, siempre nos anda trayendo en alarma tratando de aparecer muy eficaz, ó que tal vez es un zorro viejo, y está en íntima relación con el Grillo, un maldito limosnero que de unos cuantos días á esta parte ha puesto por estos rumbos su madriguera; como siempre hemos estado de paso, no he podido satisfacer mis dudas, pero ahora que hay más tiempo, tengo empeño en que las aclaremos, pues no ha dejado de chocarme que continuamente anden subiendo por aquí los sabuesos, cuando antes ni quien se acercara por estos rumbos.

Continuaron su camino, y á poco rato observó Pepe que uno de á caballo pasó rápidamente por la falda del cerro con dirección al puerto emboscándose en el pinal, por lo que haciéndoselo notar á Astucia, le dijo: — No hay duda de lo que te acabo de decir, hermano, ese D. Gaspar es un buen pícaro, ningún rancho de estos contornos anda tan precipitado por estos terrenos, ni monta un caballo tan liviano como el que lleva ese de la manga azul que ha tomado la cuesta arriba, es capaz que á nuestros mismos vigilantes los aproveche ese tuno en favor propio, saldremos de la duda de una vez, nos iremos por el Aguacate á ver si encontramos al cardillo del Zopilote. Cortaron por unas labores, llegaron á un jacalito en donde estaba un indio junto al fogón almorzando, quien al verlos se paró muy respetuoso con el sombrero en la mano. — ¿Cómo te va, Petronilo? le dijo Pepe. — ¿Cómo está su merced, señor? le contestó. — ¿Qué veniste á dar parte á D. Gaspar? — Sí, señor,

desde antes que saliera el sol. — ¿Y viste si acaso soltó al galgo? — Sí, señor, lo mandó para los tecorrales luego luego. — Pues ¿quién está ahora en los tecorrales? — No los conozco, señor amo, son varios los que he visto pasar para ese rancho, pero según me contó Logío son parientes de D. Gaspar, que porque fueron pronunciados los andan persiguiendo, y han venido á refugiarse por esas barrancas. — Pues ¿qué no salen por ahí á dar sus sanjuaneadas? — Creo que sí, porque no hace mucho que tuvieron un mal encuentro, á D. Chucho le dieron su llegadita, y si no se apea y se deja rodar en una barranca, se lo meriendan. — ¿Quién es D. Chucho? — Uno de esos nuevos vecinos que luego le dicen Grillo.

Ya no quiso saber más Pepe, sino que dándole á Petronilo una peseta se despidió recomendándole la vigilancia. — ¿Qué te parece, Lencho, si no tengo razón en sospechar de ese viejo maldecido? Por abrigar por aquí á esos pícaros de sus cómplices ó compañeros, nos está á cada paso comprometiendo; ahora que te voy á dar á reconocer como jefe nuestro, es necesario que te manejes enérgico y veamos cómo desterramos á esa canalla, ó si insisten en permanecer por estos rumbos, colgarlos comenzando por el hipócrita viejo que los abriga.

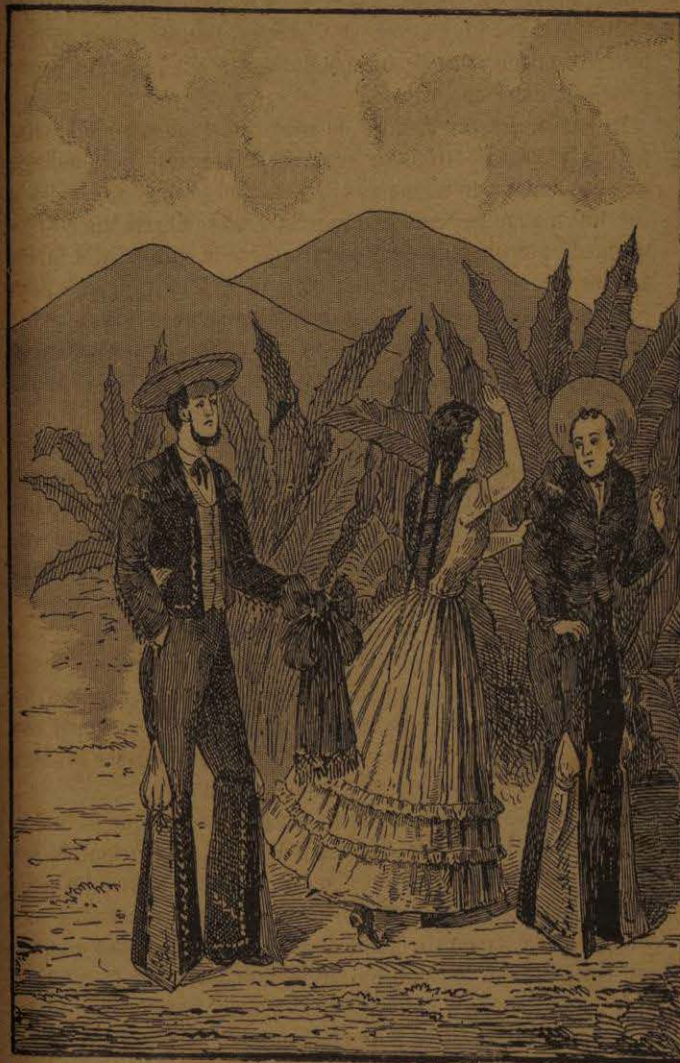
Luego que llegaron al rancho salió D. Gaspar á su encuentro, pero quedó muy sorprendido al ver á Pepe con traje de cuerudo estirando los dos caballos de mano, y á Lorenzo muy serio y bien plantado, pues no creía que serían los que habían pasado al meterse la luna, por la barranca del Zopilote, sino algún hacendado del valle á quien ya le tenían dispuesta de su orden una emboscada en el puerto, por donde indispensablemente habían de cruzar. A pesar de su sorpresa, que fué bastante notada, comenzó á mostrarse muy servicial, á disponer que se hiciera desayuno y atendieran á los animales; mientras daba sus órdenes, ellos se metieron á la sala, y dijo Pepe: — No te des por entendido de nada, le inspiraremos confianza para hacerlo caer en la trampa, y aunque es muy astuto, su audacia puede entregarlo más pronto; en caso de que sea necesario echarle la mula, déjame á mí reconvenirle y si lo amenazo con el pretexto de quitármelo de enfrente, le das un agarroncito de manera que sienta tantito la fuerza de tu canilla, es

muy amigo de hacer negocios, nos dijo Petronilo que el Grillo estaba á pie; á ver si logramos hacerlo venir aquí y hacer lo mismo con él, intimándolo para que se largue y nos evite el trabajo de colgarlo.

D. Gaspar era un hombre de más de cincuenta años, charrón y grueso, trigueño de barba, cargado de hombros, siempre andaba de calzoneras de pana, en pechos de camisa ó con una manguita negra embracada, y un sombrero viejo arregado por un lado pues para saludar le enrollaba la falda, á todos sus sirvientes mandaba con mucha exigencia, y para con los extraños parecía sumamente respetuoso y comedido; se presentó en la sala seguido de dos criados, y muy afanoso comenzó á ayudarles á poner la mesa, diciendo: — Señor D. Pepe, me han cogido desprevenido, vds. dispensen si provisionalmente sólo se les sirve una friolera.

— ¿Cómo desprevenido? replicó Pepe. ¿Pues qué el espejo del Zopilote no dió aviso oportuno, pues entonces, de qué gana el dinero? Y si no sabe cumplir con su obligación, quítele vd. las tierras, quémelo el jacal y reemplácelo con otros más eficaces. — No ha consistido en el espejo, señor amo, sino en que la noticia fué, que pasaba un caballero con tres mozos, dos mulas de avío y dos caballos encamisados; no conoció á sus mercedes, ni yo podía suponer quiénes fueran, y por eso no tenía nada dispueto; vds. me han de dispensar, pero por ese camino, á esas horas, y con traje desconocido, ni por la imaginación me pasó que fuera el amo D. Pepe.

— Los amos, querrá vd. decir, pues este señor que mira vd. presente, es nuestro jefe, es el amo Astucia, el principal de los Hermanos de la Hoja. — Pues, señor, con más motivo les pido mil perdones; y vd., caballero, conózcame por su humilde servidor, Gaspar Barranco, criado de su merced. Y se puso á hacer mil cortesías con el sombrero en la mano. Astucia le contestó en pocas palabras, y al ver el viejo que lo trataba con jovialidad, empezó á hacerse muy confiado; de repente, le preguntó Pepe: — D. Gaspar, ¿tiene vd. por ahí algún marchante que sepa pagar un buen caballo, porque el jefe quiere deshacerse de uno de los que traemos? — Sí, señor D. Pepe, puntualmente un sobrino mío por parte de mi difunta esposa, me ha



¡ Mal haya la!...

hecho el encargo; es hombre de gusto, y si acaso le acomoda alguno, no se parará en precio.

— ¿Pues cómo haremos para arreglar ese negocio? pues siendo pariente de vd. no ha de ser muy fácil que tratemos con él, estará hasta... — No señor, por una casualidad es nuestro vecino, ha tomado en arrendamiento el rancho de Tecorrales, y ahí se ha venido á establecer. — ¿Pero si ese rancho es un puño, todo es pedregal, y carece hasta de pastos? — Pues á pesar de eso, D. Pepe, ese muchacho Jesusito está contento, ha puesto sus crías de cabras, y se la va pasando regular, trajo sus medicitos y ahí los está revoloteando. — Llámeme vd. á Eulogio el galgo, quiero mandarlo á dar un recado al pueblo. — Eulogio no está aquí, muy temprano lo mandé á buscar unas reses que se me han extraviado, si quiere vd. que vaya otro, lo llamaré. — Esperaremos un rato, á ver si vuelve. — Pues entonces, si á vds. les parece, voy en un galope á llamar á mi sobrino mientras descansan un poquito. — Corrientes, dijo Astucia, á ver si tratamos.

Salió D. Gaspar, montó á caballo y tomó la dirección del rancho de los Tecorrales. Mientras que los hermanos hicieron sus comentarios y se convencieron de que era el viejo aquél un pillastrón de primera, confirmándose más con la llegada de Eulogio, que sin advertirlo despepitó cuanto ellos quisieron.

Al cabo de dos horas volvió D. Gaspar acompañado de su pariente, era un hombrecillo bajo de cuerpo, trigueño, de patillas cerdosas, una cicatriz que le atravesaba la boca, unos ojos negros chiquitos que continuamente movía, al propio tiempo que giraba la cabeza como receloso, vigilándose sin cesar los flancos; apenas tendría dos dedos de frente que le cubría completamente el copete muy largo que usaba y enredaba la punta en la oreja izquierda, tenía como cuarenta años, una voz áspera y ronca; en todas sus maneras, desde luego se conocía que era un chinaco cualquiera, tan ladino como cobarde; de una mirada muy llena de desconfianza abarcó todo cuanto le rodeaba. Vestía una calzonera de paño envinado con botonadura de plata, chaqueta blanca de género, sin chaleco, camisa muy adornada, una mascada al cuello cogida con un grueso tumbagón, manga azul lisa acambareña, sombrero galoneado de

ancha falda, zapatos de gamuza color de yesca, y banda encarnada bordada en la cintura, en donde también llevaba un cinturón bordado del que pendía una cañonera con su pistola de dos tiros, y del lado contrario, un cuchillo de monte, de hoja ancha y su puño de metal.

Desde la primera mirada que le echó Astucia, conoció la clase de bicho que era el tal Chucho, por lo que le contestó á su saludo medio indiferente, y continuó distraído echándole un botón á un cabestrillo de dos riendas que estaba componiendo. D. Gaspar le dirigió á Pepe la palabra diciendo :

— Este Señor es el que le dije que podría comprar alguno de los caballos. — Efectivamente, caballero, prosiguió el Grillo, tengo empeño en hacerme de un caballo bueno, pero que no sea de mucho precio. — Eso no puede ser compatible, amigo, contestó Pepe, los caballos que traemos son de primera, porque jamás llevamos debajo de la silla ningún matalote, y por supuesto para conseguirlos, no nos duele el corazón al pagar cualquier dinero. — ¿Qué precio tienen? — El cuatralbo, podrá dárselo en trescientos pesos, y el tordillo quemado en cuatrocientos, ni medio menos: — ¿Y por el obscurito que venía suelto, cuánto quiere? Esta pregunta acabó de convencer á Pepe de que la noticia del espejo de la barranca del Zopilote que había llevado el cardillo á D. Gaspar, éste la comunicó al Grillo con el galgo, pues efectivamente por aquel sitio venía suelto el prieto de Astucia, y cuando llegaron al rancho lo iba estirando Pepe, que lo cogió desde que cortaron camino para el rancho del Cardillo, por lo que medio molesto sin poder disimular su cólera, le respondió : — Ese obscurito, señor mío, no se vende, le apesta la boca, y si no es marchante para los otros, mucho menos debe serlo para ese que es de las confianzas de nuestro jefe Astucia que aquí mira presente, y por ningún dinero se deshace de su gusto. — Pues vds. perdonen, caballeros, yo me interesaba por él, siempre que su precio me conviniera; yo pensaba que venían de ruego y encargo, por cordillera, y que no le podía dar el sol. Esto acabó de exaltar á Pepe que encarándose con el Grillo, le dijo lleno de cólera :

— ¿Por quién nos tienes, miserable? ¿piensas acaso que

somos los Hermanos de la Hoja, los que tronqueamos con los bandidos? nosotros y nuestros animales somos hijos de los elementos, á toda luz y en cualquier parte nos alzamos el sombrero y descubrimos la frente, eso de ruego y encargo sólo se queda para vds., que son unos vagos, que quieren mostrar buenos caballos y hacerse de dinero á costa del infeliz que asaltan, con razón les parecen caros mis animales, si sólo saben robar, no buscan el dinero con el sudor de su rostro, y ya que por este motivo hemos conocido al bandido Chucho el Grillo, le prevengo que si en tres leguas á la redonda vuelve á poner un pie lo colgamos en el primer palo que se proporcione, porque nosotros ni alternamos ni transigimos jamás con los saltadores; quíteseme de enfrente, antes que lo despache en un instante para el infierno. Y le dió un zoquetazo en el pecho, que lo hizo trastabillar andando para atrás un gran trecho; entonces se interpuso Astucia tratando de contenerlo, diciendo : — No te violentes, hermano, este infeliz no es capaz de resistirte. El Grillo sofocado de aquel furioso golpe estaba medio aturdido y aunque quiso meter mano á su pistola, sólo hizo la intención pues cogiéndolo Astucia de un brazo lo alzó al aire cual si fuera un chiquillo y le dió un aventón para el corredor á tiempo que le decía : Quítese, amigo, por Dios, si no Pepe lo mata de un moquete, ó lo estrangula de un apretón, está furioso y no hay que replicarle. Se acomodó á ayudarle á parar y asentándole la mano sobre el hombro, le chispó la pistola de la cañonera, y con tono familiar se lo fué sacando para afuera diciéndole : — Tiene mucha razón mi hermano en estar muy enojado, nosotros no comerciamos con los pillos de la clase de vd., amiguito, mucho menos consentimos que se abriguen en nuestra propia casa, sé que tiene vd. tomado el rancho de Tecorrales, que por perseguirlo ya han venido los sabuesos tres ó cuatro veces por estos rumbos, conque si le tiene tantito apego á la vida, váyase luego luego con la música á otra parte, pues así nos evitará el trabajo de colgarlo por ahí en donde sepamos que no en tres, como ha dicho Pepe, sino en cinco leguas en contorno, se vuelve á cometer algún robo, pues tanto á vd. como á sus cómplices, los conocemos al palmo y no les arriendo las ganancias, hemos sido, somos y seremos el azote de los

gandules, sean de la categoría que fueren. En cada palabra le iba apretando el hombro pero con tal fuerza, que ya no pudiendo resistir, nada faltó para que lo sentara en el suelo, por lo que confuso y adolorido sólo pudo responder: — Sr. Astucia, yo le prometo obedecerlo, pero como desde luego no es fácil mudarse, ni sé adónde trasladar mis cosas, le suplico, que me dejen algunos días para ver adónde me voy á establecer. — Al infierno, grandísimo bribón, ya está dicho, si mañana al salir el sol se encuentra en estos linderos, no extrañe que mi reata le apriete un poco el gazonate, conque vaya á determinar su marcha y dé gracias á Dios, de que pude separarlo á buen tiempo de la presencia de Pepe, porque si no, largo rato hace que estuviera vd. fuera de combate, conque no hablemos más, cargue sus tilichitos, excuse cuanto pueda parársenos delante y campear por nuestros comederos. Casi medio sofocado el Grillo se retiró sin haber tenido valor ni de pedirle á Astucia su pistola, reunió á sus compañeros, y antes de las ocho de la noche de ese mismo día desaparecieron, dejando el rancho de Tecorales absolutamente abandonado.

Desde que Astucia se sacó al Grillo, la cólera de Pepe se desahogó con D. Gaspar, que no pudiendo negar su complicidad resueltamente se propuso aguantar cuanto Pepe le dijera, por tal de no perder la buena conveniencia que allí tenía; cuando volvió Astucia, Pepe le decía: — ¿Es posible, D. Gaspar, que haya vd. sido tan infame y tan hipócrita que mientras nos aparentaba ser hombre de bien, estuviera vd. en relaciones y les ayudara á esa punta de pícaros que llama sus parientes? es vd. un vil, que no merece tampoco alternar con nosotros. — Pero, Sr. D. Pepe, respondió, si acaso ha habido lo que ha habido, permítame que le diga que vds. tienen la culpa, vienen disfrazados, en horas desusadas y por el camino de abajo. — Pues está peor la disculpa, ¿de cuándo acá se nos desconoce en nuestra propia casa? nosotros podemos andar, cómo, cuándo y de la manera que se nos antoje, nuestros espejos, cardillos y galgos, son para nuestra seguridad, no para servir de anuncios á los bandoleros, y luego donde pensaban carnear, en los terrenos de nuestro propio rancho. Y cada vez más furioso Pepe se le acercaba á D. Gaspar que iba poco á poco reculando, temeroso

de recibir otro zoquetazo como el del Grillo. — No te encolecices, hermano, le dijo Astucia, ya supimos cuanto deseábamos y ahora lo que interesa es poner el remedio. — El remedio es fácil, dijo Pepe lleno de ira, darle á este viejo zorro unos sopapos. Y haciendo el ímpetu se le arrimó más á D. Gaspar amagándolo; entonces Astucia le tomó un brazo para quitárselo de enfrente, pero le dió un apretón tan fuerte, que el pobre viejo se retorció como culebra, hasta que no pudo menos que sentarse en el suelo, entretanto que Astucia contenía á Pepe diciéndole: — Cálmate, hermano, cálmate, yo compondré este negocio. — Déjame siquiera romperle una costilla á este bribón. — Ya te dije que yo lo arreglaré, no seas caprichudo, basta que sea un señor de edad, para que yo tome su defensa, ya sabes que respeto á las canas, y abomino á los pícaros; salte para afuera, déjanos solos.

A pesar de la defensa que bastante significativa hizo Astucia, D. Gaspar no sabía á qué atenerse, pues había presenciado lo que le sucedió al Grillo, por lo que dudaba cuál de los dos hermanos sería peor, porque el apretón que le había magullado el brazo, equivalía, sin duda, al puñetazo que le hubiera dado el otro. Salió Pepe y mandó que ensillaran mientras Astucia poniéndose serio le dijo á D. Gaspar:

— Ya le previne á su digno parientito, que si mañana al salir el sol anda todavía por estos terrenos, lo cuelgo en el primer palo que encuentre más inmediato, y que, cuidado cómo sanjuanear en cinco leguas á la redonda, porque nosotros los perseguiremos hasta exterminarlos: este rancho, señor mío, lo arrendamos para tener aquí un paradero seguro y un agostadero reservado para nuestros animales; por primera y última vez le prevengo y mando, que no me consienta á ninguno de esa canalla ni de visita, y mucho menos que establezcan por estos contornos sus madrigueras; yo debería en este instante quitarle el subarriendo y enviarlo á noramala, pero no soy vengativo; vd. tiene familia y quiero que con franqueza me diga si está determinado á ser hombre de bien para dejarlo continuar, y si no, para proceder como me convenga, ya sabe vd. mejor que ninguno, que los Hermanos de la Hoja somos amigos de nuestros amigos y el azote de los malcriados. — Señor As-

tucia, respondió D. Gaspar, tienen vds. muchísima razón: he sido un infame; no me fué posible excusarme de dar asilo á ese muchacho Jesús, que vino por aquí muy perseguido, pero yo le ofrezco mi palabra de hombre, que desde ahora tendré mucho cuidado para que no vuelva, y cumpliré fielmente las órdenes que vd. se sirva darme.

— Corrientes, pero no me parece por demás prevenirle que se maneje bien y con legalidad, pues siempre que alguno de nosotros advierta que sigue vd. queriendo jugar con dos barajas ó que nos hace una mala partida, no le han de valer sus respetables canas, sino que, con todo y ellas, lo pongo á columpiarse un rato en cualquier roble, aunque se reviente esta reata Sanluisense que traigo en los tientos: yo soy hombre de acción, no me gusta gastar en balde la saliva, ni repetir una cosa dos veces, y ya que se le olvidó á su pariente pedirme el cachorrito que le chispé de la cañonera, guárdemelo aquí para perpetua memoria, cosa que si alguna vez se le ocurre venirse á despedir, con él mismo lo despache vd. á roncar.

— Mi jefe, yo le agradezco á vd. su buen corazón y que...

— No me llame su jefe, porque no lo soy más que de mis asociados; Astucia me llamo y se acabó.

En esto, entró Pepe diciendo: — En marcha, ya están listos los caballos, vamos al pueblo para que echemos un sueño con más desahogo, y á la noche volveremos á dar nuestra vuelta, pues si mañana andan por aquí esos bichos, los colgamos como tres y dos son cinco. Pero... según entiendo ya hiciste una de las tuyas perdonando á este miserable. Puede vd. agradecer, D. Gaspar, á que no vine solo, el respeto de mi jefe me contuvo, que si no, ya estuviera vd. sin resuello.

— Dejemos eso, replicó Astucia, yo soy enemigo mortal de los bandidos, pero no sé perjudicar á nadie; me gusta colgarlos en el camino cuando se me ponen á tiro, ya está vd. advertido, D. Gaspar, en lo que debe de hacer, y no creo que me ponga en el compromiso de hacer una diablura con vd.; por ahora, mande prevenir pasturas en el rancho Viejo, pórtese con juicio y hombría de bien, y tendremos la fiesta en paz: si no nos apersonamos por aquí á la madrugada, suéltenos el galgo para el puerto y que nos lleve las noticias que vd. tenga de si

se fueron, por dónde y á qué hora esos badulaques. — Está muy bien, señor.

— Pues en marcha: quédese con Dios, asiente la cabeza y cuidela bien, no vaya á ser que se la levanten por lo alto y se la queme el sol. Montaron á caballo y tomaron el carril que conduce al camino real. Como á la media legua, en un sitio llamado el Puertecillo de Latas, desde donde se percibía perfectamente el valle en que está situado el pueblo de San Isidoro, y á la sombra de un grueso pirú, estaba una vieja hilando algodón y á su lado, una mesita chica con cuatro ó cinco cocoles, otras tantas naranjas, queso fresco, una botella con chingurito y una olla con tepache. — Buenos días, Ciriaca, dijo Pepe al acercarse. — Buenos días, señor amito, ¿qué milagro que se acuerdan sus mercedes de los pobres? Y se levantó muy festejosa.

— ¿Cómo vamos de comercio? le preguntó Astucia. — Cada día más mal, niño, si esos malditos que tienen su nido en los Tecorrales han desterrado á los pasajeros; ya ningún arriero puede transitar por aquí porque les quitan hasta los jumentitos (con perdón de vd.), yo me he visto con la tentación de avisarles á los de la comisión que cada rato suben en su busca, adónde los podrían atrapar, pero como dicen que el Grillo es pariente del amo D. Gaspar, me he contenido por esa consideración, y luego, como sus mercedes pasan por aquí tan de tarde en tarde, ni á quien comunicarle mis penas: niños, por el amor de Dios, es muy fácil que en una de tantas buscadas al tal Grillo, pongan á sus mercedes en un conflicto, yo no me descuido y luego luego corro la palabra á cualquiera hora.

— Pues ya cesarán sus cuidados y se compondrá su comercio, tía Ciriaca, contestó Pepe, no hace mucho que nuestro jefe, éste que aquí mira tan guapetón, les ha intimado destierro, y así, bien puede vd. avisar á los arrieros, que por este camino, seguro está que los roben, que si divisan por estas inmediaciones á algún bribón de la pandilla del Grillo, que se lo digan á vd., y al instante procura avisárselo á D. Gaspar para que lo atrape, y si ve que no hace caso, nos lo manda avisar con Felipe cuando andemos por aquí; esto mismo le dice vd. reservadamente al espejo de la barranca del Zopilote y á Laureano el vigilante del Puerto Grande.

— Pero, niños, no sean candorosos, si creo que D. Gaspar también es de los asigunes. — Ya lo sabemos, y si no cumple con la orden que le he dado de perseguirlos, replicó Astucia, ha de hacer un colgado muy feo, y la panza se le bajará á los carcañales, para los toros del Tecuán, los caballos de allí mismo, y no hay peor cuña que la del propio palo. — Es verdad, niño, sólo así podremos estar tranquilos. — ¿Qué hay por allá abajo? ¿no ha dicho nada Manuel? — No, niño, está todo quieto. — Pues vaya ese par de pesos para habilitar la cantina, y hasta la vista, dijo Astucia.

— La Virgen de Alta Gracia lo recompense, niño, Dios se lo pague, dígame su nombre para bendecirlo. — Astucia se llama, tía Ciriaca, siguió diciendo Pepe, ponga vd. mucho cuidado á ver si parecen esos pajarracos, qué camino eogen, y nos lo manda decir con su hijo Felipe al puerto, que le deje la razón á Laureano para que nos la dé cuando pasemos : conque, mucho cuidado, y hasta la vista, tía Ciriaca. — Adiós, niños, el Señor de Chalma los favorezca y los ampare.

— ¿Qué te parece como todas mis sospechas eran realizadas? dijo Pepe á su jefe. Ya ves esta denuncia de Ciriaca qué bien coordinada con todo lo que me suponía. Yo no sé cómo no echaste á ese maldito viejo al otro lado, ya nos hubiéramos quitado de una vez de esa canalla.

— Hombre, contestó Astucia, me dió lástima ese pobre hombre, y por lo mismo que es un zorro viejo, me pareció valernos de él mismo para ahuyentar á los demás, ya queda amonestado y con cualquier motivo que nos dé, lo ponemos de patitas en el lindero; si no es bobo, muy bien conocerá que le tiene más cuenta estar en buenas con nosotros que con su pariente y comparsa, por lo mismo los desterrará sin mucho trabajo, los conoce á todos, y no ha de querer pagar por alguno de ellos, además, de que creo que para enemigo ha de ser temible, pues como que es de los más cobardes, si le daba por vengarse había de poner los medios más viles para perjudicarnos, vale más tenerlo de nuestra parte, y que ande con la barba sobre el hombro.

El Grillo llevó tal azorada, y quedó tan adolorido del puñetazo de Pepe, y el agarrón de Astucia, que olvidándose hasta de

su pistola, sólo procuró cuanto antes reunir á sus compañeros para ver qué camino tomaban, pues ya se le figuraba que lo colgaba Astucia, y no podía dejar de recordar las manos tan pesadas de los charros comerciantes de la rama. En breves palabras los impuso de la intimación que le había hecho el jefe de los charros. Hubo sus debates, pero la mayoría se resolvió á que desde luego se retiraran para el cerro de la Tinaja, cerca del salitre de Urendis, catorce leguas de distancia, rumbo al Oriente, pues le tenían un miedo cerval á los contrabandistas; empezaron á meditar sobre la causa de aquella desventura, y unánimes supusieron que D. Gaspar los había delatado con sus amos por quedar bien con ellos, y principalmente con el jefe que era la primera vez que se dejaba ver en esos sitios, por lo que de común acuerdo se resolvieron á vengarse de él; al tiempo de separarse formaron su plan, después de haber sabido que los charros se habían bajado para el pueblo. Poco después de la oración de la noche, cuando estaba D. Gaspar poniéndose unos defensivos de aguardiente en el brazo que le agarró Astucia, se le fué presentando su querido pariente Chucho el Grillo, por despedida le llevaron cuanto pudieron arrear y cargar, después de darle una regular paliza; inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo para defenderse, el golpe estaba bien meditado y sus buenos amigos arrastraron hasta con la ropa de la molendera. Al retirarse se acordó D. Gaspar de la pistola que le dejó Astucia, que la había puesto sobre la mesa del despacho; arrastrándose como culebra, se fué para esa pieza, preparó las dos llaves, abrió la ventana, y soltó el par de tiros al montón; un grito de rabia dado por el Grillo y acompañado de una maldición, se oyó en la puerta del zaguán, un portazo dado por la parte de adentro por uno de los sirvientes que atrancó luego, evitó que aquellos hombres llenos de rabia volvieran á entrar, dispararon varias armas de fuego para la ventana, y no siéndoles fácil tomar venganza, uno de ellos se enancó en el caballo del Grillo abarcando con los dos brazos á su capitán y dijo con voz de trueno : — En dispersión por guerrillas, punto de reunión en la agua zarca. Se dividieron todos en varios grupos y tomaron distintas direcciones.

Habiéndose quedado D. Gaspar muy maltratado y casi en



cueros alternando quejidos con maldiciones, jurando perseguir á muerte á su pariente que había sido tan extremoso en despedirse, el dicho pariente recibió uno de los tiros que soltó D. Gaspar en una pierna, y lo llevaba su compañero en la silla escuchando ya quejidos y ya blasfemias contra el viejo zorro que traídoramente le dijo el último adiós con un par de balazos.

Pepe y Astucia con el aparato con que llegaron á la Soledad siguieron su camino para San Isidoro. — Dime, Pepe, preguntó su jefe, ¿y qué pito vamos á tocar al pueblo? ¿no hubiera sido mejor descansar y continuar á la noche nuestra marcha? — Precisamente eso vamos á hacer, con diferencia de que seremos mejor atendidos, dormiremos tranquilamente, y les daremos tiempo á esos pícaros para que se larguen en sana paz, no les ha de haber hecho buen estómago lo ocurrido, quién sabe cuántos serán, y quién quita que nos pusieran una emboscada ó nos sorprendieran en el mismo rancho para no largarse á pie y manivacos; es necesario vivir siempre muy desconfiados de esta canalla, á lo que se agrega que quiero que conozcas á Manuel y á su familia que son nuestros telégrafos, á su cuñadita que puede ser que venga á tener un parentesco inmediato con nosotros, es una rancherita de todo mérito, tan virtuosa como mujercita, y con una carita y unos ojos capaces de hacer perder los estribos al sursumcorda.

— Explicate, Pepe, y no me empieces con misterios. — Pues escucha. Manuel es un pobre contrabandista que tuvo nuestro propio giro, yo lo conocí hace cinco años largos, tenía su proporcioncilla y la iba medianamente pasando; quién sabe cómo demonios trabó copocimiento con un habanero, éste lo enjaretó para que pusieran una fábrica de puros de imitación, le pintó el proyecto gigantesco, le sacó matemáticamente la cuenta de las utilidades, y sucedió lo que acontece, el codiciso y el tramposo pronto se conchaban, metió Manuel cosa de dos mil pesos en dinero, y lo más en la mejor rama que cargaba. Su bribón compañero, en cuanto tuvo una buena existencia de labrados, se fué á expenderla, y Manuel se quedó teniendo la peña, mirando que aquel bribón se alzó con la ancheta, lo anduvo zanqueando, y no teniendo cómo librarse de las garras de su

perseguidor colmó el plato y dió el último golpe, denunció á Manuel en la dirección de tabacos, se colocó en el Resguardo para tener custodiada su persona, le pusieron una buena emboscada, que por poco nos envuelve á nosotros con quien varias veces se juntaba cuando veníamos de fatiga, pues fué sorprendido á las dos ó tres horas de habernos separado, el lance estuvo bien meditado, los esfuerzos de Manuel y sus dos arrieros fueron inútiles, se defendieron lo posible, hasta que cayeron muy mal heridos todos, y en pepestles fueron conducidos á la villa con todo y chincharro. Manuel tenía una pierna clareada por varios balazos, era su situación muy angustiada, y estaba muy grave, por poco le cuesta la vida, porque al desgraciado estado que guardaba, se le agregaba el saber que su casa había sido cateada, y habiéndoles ido á enseñar el habanero dónde se fabricaban los puros, recogieron cuanto encontraron, se extravió cuanto había de valor, y su familia estaba presa é incomunicada. La caída fué redonda, y hasta al cabo de seis ú ocho meses pudo salir sentenciado á dos años de grillete, lo cual no se efectuó porque el desgraciado perdió una pierna que fué indispensable que le amputaran. Se le conmutó la pena en servicio de cárcel, en donde llegó á fungir á poco tiempo de sota-alcaide.

Cayeron en esa época algunos pollos de cuenta que les apesataba el pescuezo á palo seco, no pudieron conquistarlo por la buena y trataron de fugarse. Manuel se los impidió arrojando eminente peligro del cual salió herido de un brazo, y por este servicio le perdonaron la mitad del tiempo de condena, por fin, cumplió su pena, y lo pusieron en libertad.

Aunque nosotros lo auxiliamos en cuanto pudimos en obsequio de la amistad, el pobre se encontró con una pierna menos, un brazo tieso y sin recurso de ningún género, hicimos una subscripción y se le reunieron doscientos pesos, con los cuales puso dos tendajitos en este pueblo, le fian ropa los españoles de la tienda grande, y de tianguis en tianguis anda comerciando por estos contornos con su puesto, mientras que su mujer y cuñada cuidan del tendajo, en la casa que habitan, con el otro se mantiene la madre y tres hermanas por el lado opuesto de la plaza, ha tenido varios atrasos de drogas que le han

hecho, y robos en el camino, y sin embargo, á fuerza de constancia, se va manteniendo muy medianamente.

En cuanto á Camila su cuñada, ya te dije que es una rancherita de las que hay pocas y propia para hacer la felicidad de un hombre de bien. Tacho Reniego, nuestro hermano, le ha atarantado las reglas, la pobre muchacha está muy apasionada y según se me figura ese tunante no conoce su mérito, ni sabe corresponder á su cariño, pues me han contado que está muy endiosado con una catrincilla mexicana que ha ido á parecer en S. Felipe del Obraje; yo no he querido tomar cartas en este negocio, pero francamente, hermano, es necesario aclararle paradas á Tacho, porque este jueguito con dos barajas no podrá nunca tener buen fin, á la larga esta pobre muchacha tiene el pleito perdido si no le vamos á la rienda á ese atarantado; aquélla es rica ó ilustrada, descendiente de quién sabe cuántos nobles, mientras que ésta es pobre, ranchera y de humilde condición. Ahora la verás y desde luego te convencerás que aunque no es un sol de hermosura que deslumbre, tampoco es un ente despreciable que se puede dejar así no más sin interesarse por ella, es muy simpática y con su genio franco y jovial cautiva á los que la miran. Aquí en la entrada tienen su tiendecilla y como es la única salida del pueblo para tomar este rumbo, en el instante que pasa alguna fuerza, dan aviso con sólo tender en el corral, si son los de la comisión ó resguardo, por cada cuatro hombres una pieza grande de ropa blanca, y si son tropas, las tienden de color, esa misma noticia que la ve perfectamente tía Ciriaca la transmite en igual forma y en menos de diez minutos se sabe en la Soledad, cuánta fuerza va y de qué clase; cuando es de día, mas si fuere de noche sólo se pone una luminaria que indica á los primeros comisión ó resguardo, y dos si son soldados, lo mismo se hace en la azotea de la troje del rancho y en la barranca del Zopilote y en el puerto están los espejos sobre aviso para darnos noticia por medio de sus cardillos, según sea el rumbo que traigamos y así prevenidos, tomamos sin mayor riesgo el camino de rancho viejo ó el de abajo según nos parece, en todos estos gastos y riesgos nos ha puesto ese maldito Grillo y su cuadrilla, es necesario á todo trance declararles guerra abierta para que no nos

vuelvan á mortificar, que quede esto sosegado y seguro como siempre ha estado.

En esto se aproximaron á la primera casuchilla del pueblo y una huerita que estaba en la puerta, como de cinco á seis años, entró corriendo para adentro llena de gozo gritando: Mamacita, mamacita, ahí está mi tío Pepe con otro señor muy planchado. — Pues anda á abrirles el zaguán corriendo, niña, le contestó la mamá y á pocos instantes la muchachita abría de par en par una puerta grande contigua á la de la tienda y se le colgó á Pepe del pescuezo luego que éste se apeó llenándolo de besos. — Abraza á este otro señor, Conchita, le dijo Pepe, también es tu tío. Ella miraba á Astucia dudosa pero él la alzó en brazos diciéndole: — Tu tío y muy tu tío, chula, y se metieron para la salita dándoles orden á los arrieros de que desensillaran diciéndoles adónde debían poner las sillas, el equipaje y colocar á los animales. Aunque toda la casa demostraba una humilde pobreza, el mucho aseo que había en ella la hacía parecer bonita, todo estaba muy limpio, multitud de pájaros silbaban en las jaulas y porción de macetas de todas clases y tamaños embellecían el corredorcito, en la sala estaban colocados algunos canapécitos de tule, un nichito con una Trinidad en una rinconera, una mesa con recado de escribir en un extremo, varios cuadritos con marcos de hoja lata adornaban las paredes, algunas sillas también de tule y el estrado lo formaba un petate de seis ú ocho varas, de palma figurando cocolitos blancos y encarnados. Cuando acabaron de entrar y empezaban á sentir el saludable fresco que allí se disfrutaba, se presentó Mariquita, la mujer de Manuel y madre de Concha con un chiquillo como de un año cargado en los brazos, abrazó á Pepe con la mayor cordialidad y éste le dijo: — Mariquita, te presento á nuestro Jefe, á mi hermano Astucia que hasta ahora ha podido venir por estos andurriales. — Conócame vd. por su criada, caballero, tengo mucho gusto en conocer á tan buena persona. — El gusto es para mí, señora, estoy á sus órdenes y cuénteme en el número de sus servidores. — Nada de desperdicios, dijo Pepe, abrázala, Astucia, y trátense con la franqueza de buenos amigos, de antiguos conocidos. Y los hizo abrazarse. — ¿Adónde anda esa chachalaca

de Camila? — En el tianguis, es día de plaza y se fué con la molendera á habilitarse de recaudo, ya no debe dilatar, y á todo esto, ¿ya almorzaron? — Nos desayunamos muy tarde y mal en la Soledad y más bien por dormir que por comer nos cortamos paca acá, sino que antes de acostarnos, quiero que vayamos á la plaza á hablarle á Manuel, cuando volvamos echaremos un taco y nos entregaremos á Morfeo, conque vamos, Astucia, con eso estiramos las cuerdás, ya volvemos, Mariquita, no nos dilatamos. Y se fueron para la plaza; á medio camino vió venir Pepe á Camila con los brazos extendidos hacia adelante haciéndose sombra con el rebozo y dejando ver una cascada de la india con que cubría su pecho, una delgada cintura ceñida con un ceñidor fino, luciendo las citarillas y ondas de las enaguas blancas muy limpias debajo de otras de muselina azul y dejando ver un diminuto pie que parecía preso en un zapato de mahón negro muy ajustado.

El callejón era angosto y estaba bastante lleno de lodo, no teniendo andable más que una vereda junto á la cerca de magueyes por donde afilados transitaban los de á pie. Luego que Pepe la vió venir, se ocultó en un maguey y le dijo á Astucia: — En cuanto esté á tiro, me la espantas para acá, voy á darle un sustito.

Astucia se paró frente á Pepe á cierta distancia dejándole libre la vereda y conforme se fué acercando, le fué estrechando el camino, ella le echó furtivamente una mirada y por atender á él, no advirtió á Pepe medio oculto en el maguey por el lado contrario, casi se tapó la cara con el rebozo y al estar enfrente de Astucia, que más y más le cerraba el camino y fijaba la vista, apretó el paso de una manera muy violenta como para escaparse de alguna llaneza, previniendo un puño cerrado para darle un buen manazo si se atrevía á tocarla, á pesar de que al verlo tan plantado y formal no le dió mucho cuidado, ya se consideraba fuera de su alcance, cuando Pepe le cogió el rebozo y se lo estiró tan violentamente que no pudo la pobre azorada retenerlo; volviéndose llena de cólera para aquel lado, alzó el brazo diciendo: — *Malhaya ta...* — ¿*La qué mi vida? pedazo de atarria*, le contestó Pepe soltando una carcajada; le tiró á Astucia el rebozo hecho bolita, ella al

conocer al atrevido, cambió de semblante y tono, le dió unos cuantos manazos diciendo:

— De veras que es vd. el Diablo, D. Pepe, y á más que Diablo, un buen ocioso; preste mi rebozo, no sea malcriado, que el sol me cala. Pepe por única contestación repetía sus carcajadas al ver su cólera y luego su apuro, poniéndole las costillas para recibir los manazos que le daba, hasta que le contestó: — Yo no lo tengo, mujer; ¡qué rebozo ni qué cuernos!

Entonces, volviendo la cara para donde estaba Astucia, vió que lo tenía en una mano y que se estaba sonriendo; á pesar de que comprendió que Astucia era una persona de la confianza de Pepe, no se atrevió á pedirselo, sino que con seriedad le dijo: — ¿Es posible, caballero, que vd. permita que este maldito Diablo se burle de mí y que me esté asoleando?

— Ponte mi sombrero, prenda mía, no permita Dios que te vayas á tostar, respondió Pepe poniéndole el sombrero; ¿qué así saludas á tus buenos amigos, á manazos? es capaz que ese charro se figure que todavía eres cerrera, según las manotadas que repartes y lo arisca que te muestras. — Eso es, corrija la palabra, trátame de mula después que me ha pegado un buen susto.

— Ya se fué quien lo dijo; dame un abrazo de amigos; saluda á este señor que es nuestro hermano; míralo qué guapetón, es Lencho Astucia, nuestro jefe, y te vas á disponernos un bocado mientras vamos á la plaza á saludar á Manuel. Ella abrazó á Pepe y luego le dijo á Astucia: — Conózcame vd. por su criada y servidora, señor. — Yo lo soy de vd., niña, y me alegro infinito de conocerla.

— Abrázalo y no se anden con cumplimientos, dijo Pepe á tiempo que la empujaba contra su compañero. Ella lo abrazó sin ceremonia. — Ese abrazo es de reconocimiento, ahora, Astucia, dale uno de hermanos: yo te cantaritos, con quien querubines casaca, esa tepistoca. Camila se dejó abrazar poniéndosele el rostro muy encendido al oír las palabras que decía Pepe, y luego, como si no las hubiera comprendido, tomó su rebozo, devolvió á Pepe su sombrero y les dijo con tono cariñoso: — Vayan á ver á Manuel, pero no se dilaten, que yo entretanto, alistaré el almuerzo; hasta luego. Y

seguida de una india que llevaba un gran canasto con verdura y otras cosas de recaudo, y la que, durante aquella escena, se había quedado muy sorprendida, siguió su camino precipitada riéndose de cuando en cuando del buen susto que llevó; Astucia y Pepe se dirigieron á la plaza haciendo mil elogios de la asustada Camila, quien por su juventud, figura y sobre todo, genio bullicioso y alegre, simpatizaba desde luego, á la vez que se dejaba traslucir su sencillez y buena índole.

En una mesa con su toldo de manta tenía Manuel su ancheta de pañitos, mascadas, géneros blancos y otros efectos de lencería, estaba apoyado sobre dos muletas y rodeado de marchantes; le hablaron los recién llegados, le presentó Pepe á su jefe con quien se mostró cordialmente muy complacido: después compraron fruta y algunas chácharas de mercería y se volvieron para la casa. Concha constantemente salía á asomarse hasta en medio de la calle y no valía ni el que la regañara su mamá; así que vió venir, corrió llena de gozo á su encuentro. Astucia le dió unos aretitos y algunos juguetes, acabando de granjearse su aprecio al presentarle una hermosa muñeca de á cuatro reales: la chiquilla no hallaba qué hacer, todo lo veía á un tiempo, abrazaba las piernas de Lencho diciendo:

— Ahora sí creo que es vd. mi tío Astucia. — Sí, chula, tu tío y muy tu tío, pregúntaselo á esa muñeca. En seguida le dió muchos abrazos y besos y arrancó á enseñarles todo á su mamá y demás gentes de la casa, gritándoles desde la calle:

— ¡Miren! ¡miren cuántas cosas bonitas me ha comprado mi tío Astucia! y no cesaba de brincar de gusto. En la sala estaba ya puesta la mesa, y se fué presentando Camila con unas enaguas de castor, sin rebozo, trayendo un par de cazuelas y la molendera con otras mandándoles á todos que se sentaran. El almuerzo estuvo muy bien servido y condimentado; durmieron los huéspedes hasta las seis de la tarde, hora en que mandaron ensillar sus caballos y continuaron su viaje á las siete de la noche, quedando Astucia muy prendado de Camila, y si no hubiera sido porque le dijo Pepe que era la novia de Tacho Reniego, seguramente se habría enamorado de

ella. Ya que habían andado como un cuarto de legua, escucharon que por el centro de la cañada que tenían que bajar, venía alguien silbando el Canelo; se paró Pepe en la entrada del carril y le dijo á Astucia: — Por ahí viene Tacho á decir adiós á su adorado tormento; se ha de haber cortado por el Tejote, y mañana, sin duda, estarán las mulas en la Soledad; ni remotamente ha de suponerse que andamos por aquí; vamos á darle un susto: ocúltate allí, en esos mogotes y cuando yo grite, sales. A un tiempo se desviaron del camino Astucia y los arrieros, Pepe se situó en otro breñal de enfrente. Tacho venía en una mula de las de los arrieros disfrazado con manguillos y rodilleras; luego que entró al carril cruzó la pierna sobre la cabeza de la silla y siguió al sobrepasito de la mula, silbando con mucha tranquilidad su Canelo; al llegar frente de donde estaba Astucia, empezó la mula á orejear y á recatarse; Tacho quiso bajar la pierna para meterle las espuelas, y á ese tiempo le aventó Pepe el sombrero á la mula por las manos, la cual dió una revuelta tan fuerte y precipitada que no le dió tiempo á Tacho para acomodarse, y perdiendo el equilibrio, cayó de cara sobre el sombrero de Pepe, quien apareció en ese instante gritando con voz áspera: — ¡Abajo esa rata!

La mula destapó para atrás y Pepe arrancó tras ella para atajarla. Allá medio atarantado Tacho se paró precipitado, acabando de confundirlo el verse rodeado por otros bultos que salieron por distinto lado; alzó el sombrero de Pepe, y á pesar de tener el suyo puesto y afianzado con el barbiqúejo, hacía ímpetus de ponérselo encima, mientras con la otra mano se buscaba en la cintura alguna arma, pero por su desgracia nada llevaba, pues al disfrazarse, todas las había dejado con sus avíos en la caja de la bodega; como aquellos bultos se le acercaban más, se cubrió la espalda contra un tronco y meneando el sombrero de Pepe para uno y otro lado, decía lleno de sorpresa: — Al que se acerque le suelto un tiro.

En eso volvió Pepe con la mula lazada, y al oír sus amenazas, le dijo: — No vaya á hacer una fechoría, amo; esas armas las carga el diablo. Y á un tiempo todos soltaron las carcajadas, que á pesar de serle conocidas y principalmente las de

Pepe, en vez de inspirarle confianza lo llenaban de terror; por fin, la mula que trajo Pepe, reconoció á las otras y les relinchó; las nubes que habían ocultado la luna por un momento se desvanecieron, y aclarándose un poco la noche, conoció Tacho á Astucia al verle relumbrar los adornos de plata de su chamarra, y soltando á la vez una estrepitosa carcajada, dijo mirando el sombrero que tenía en la mano: — De veras que estas armas las carga el Diablo. Y se arrimó á Pepe para darle su sombrero y montar en su mula.

— Qué, ¿te asustaste, mi alma? le preguntó Astucia dándole un manacito en el hombro. — Sí, Papacito, le respondió, se me figuraron negros con tranchetes. — ¿Adónde te separaste? — Desde tierra Colorada. — ¿No ha habido novedad? — Únicamente el susto que me han dado vds. — Pues anda, y memorias á cierto dedo. — Ja, ja, ja. Y cogió su camino. Se le acercó Pepe diciéndole: — Cuidado con el Diablo, jovencito. Dile á tu adorado tepalcate que hoy ha sido día de sustos para Clavellina y Juan de amor, que no vaya á ser que el Diablo trastorne el matrimonio. Adiós, límpiate el rostro que tienes lleno de tierra. — Ja, ja, ja, ya me la pagarás, bribón, lo mismo que el tal Astucia. — Adiós, señor amo, dijeron los arrieros, ja, ja, ja. — Vds. también se ríen, taimados, ya se ven tienen razón, ja, ja, ja, y prosiguió riéndose de su descuido, que al contarle en la casa hizo perecer de risa á Manuel y su familia, y principalmente á Camila que se carcajeaba con muchas ganas por cualquier cosa.

Cuando pasaron nuestros caminantes por el puerto, á la madrugada, recibieron de los cardillos las noticias de la tierna despedida que el Grillo con sus diez cachorros le hizo á su pariente D. Gaspar, las direcciones que tomaron y de cómo se llevaron á su capitán herido. Prosiguieron su camino sin haber tenido inconveniente ni cosa notable hasta el punto nombrado tres caminos, cerca del guarda de cerro gordo; cuando iban más entretenidos los sorprendió el grito aterrador de un hombre con la cara cubierta con una mascada negra que les marcó el alto, se acercaron otros con los mosquetes preparados y también cubiertos los rostros, preguntando: — ¿Quién vive? Pepe respondió con mucho desenfado: — Los Hermanos de la

Hoja. Y cual si su respuesta los magnetizara no se movieron de aquel sitio, entonces Pepe alzándole la rienda á su caballo lo despachó con fuerza sobre el que por sus trazas parecía el capitán de aquellos bandidos diciéndole: — ¿Cómo te has atrevido, miserable, á estorbarnos el paso, y marcarnos el alto? ¿Así cumples, grandísimo bribón, con nuestras órdenes? — Vds. me perdonen, caballeros, respondió aquel hombre enderezándose en la silla y alzándole la rienda á su caballo que al encontronazo que llevó trastabilló un gran trecho, se quitó el sombrero con muestras de humildad, descubrió la cara prosiguiendo: — Como no es este el camino que transitan sus mercedes, creí que serían algunos hacendados ó vecinos acomodados del valle de Santiago. — ¿Cuánta distancia hay de aquí al camino viejo de cerro grande? — Señor, hay como dos leguas. — ¿Y no le tenemos prevenido, señor mío, que de tres leguas abajo nos deje libre el tránsito? quedábamos frescos, conque ahora, faltando á lo que se le manda, nos quiera imponer la ley. Mira, Astucia, conoce bien á ese bribón, al mentado Gachupín Abraham de los Reyes, y tú también, mentecato, mira bien al jefe de los Hermanos de la Hoja, de los charros comerciantes de la rama. Si vuelve á acontecer que desobedezcas nuestras órdenes, pocos son los árboles de este monte para colgarlos á todos; lárguense por allá abajo antes que se me hinchen las narices, no se nos vaya á antojar estirar un poco nuestras reatas.

— Con permiso de vds., dijo el Gachupín, y muy cortado tomó la cuesta abajo seguido de los otros dos, y cuatro ó seis que estaban emboscados á corta distancia. — De buena hemos escapado, dijo uno de aquellos bandidos. — ¿Pero en qué pensaste, Gachupín, para mandarnos dar el golpe? — Hombre, la verdad, ese maldito Ratón tiene la culpa, pues me dijo desde que los divisó que eran gentes extrañas. — Pero tú, Cantarito, por qué cuando les diste el alto y viste que no se sorprendieron, ¿por qué no nos hiciste alguna seña y destapaste para el zacatonal?

— Porque yo tampoco los conocí; el amo D. Pepe está de cuerudo, y ese señor Astucia venía por delante, y la verdad la verdad, que al verlo tan plateado, y esos caballos encamisados tan lindos, me estaban dando ganas de soltarle un tiro en un

descuidito, no son más que cuatro, y nosotros nueve, era partido que se debía haber jugado. — Cómo se conoce, dijo otro, que hablas de copas, yo estoy seguro que si se les antoja retozar, nos envuelven á todos, tú no sabes quiénes son estos charros, con la mayor frescura cuelgan al más pintado, y como traen muy buenas armas, montan magníficos caballos y no se tientan el corazón, pobre de aquel á quien metan puntería, que no se les escapa; son muchos, todos hermanables, y tarde ó temprano se salen con la suya, pregúntale á Mano larga qué le sucedió al Ganzo y sus compañeros en el pinal del Chico, lo que nunca han podido hacernos las comisiones ni la tropa, lo hacen estos señores por vía de pasatiempo, es mejor huirles el bulto y no meterse con ellos porque tienen unas chanzas muy pesadas, y son amiguisimos de estirar sus reatas con el peso de un hombre, es necesario tomar nuestras precauciones porque si no tenemos el cuento perdido.

Así que se perdió de vista Abraham de los Reyes con sus compañeros, prosiguieron Astucia y Pepe su camino riéndose del chasco del Gachupín que por no comprometer un lance y no saber con cuántos tendrían que habérselas, se conformó Pepe con darle un caballazo é intimarle sus órdenes.

También Abraham no se atrevió á llevar adelante la sorpresa ni hacer ninguna demostración hostil, porque supuso desde luego que muy pronto llegarían los demás charros, tal vez no les alcanzaba el tiempo, y era casi segura su derrota.

## CAPÍTULO XII

El Capullo de mañosos. — Un apretón. — La señorita. — El bulldog  
El supuesto Gaviño. — La limosna. — Lo que piensas te hago.  
Caridad. — D. Polo. — Comer trigo. — Consejo definitivo.

Atravesando esa cordillera de montes, instruyendo Pepe á su jefe de todos los sitios de paraderos, veredas excusadas y sabanas, fué dándole á conocer con todos sus marchantes y agentes de seguridad que tenía puestos en varias partes para servir de espejos; chocándole mucho no haber encontrado por sus comederos á los macutenos del rumbo de Ameca, ni á los de las calaveras del de Morelos, lo mismo que á los de Jantetelco y Jonacate que merodeaban hasta Teletela de los volcanes, llegando sin ningún tropiezo al pueblo de Tochimilco, en donde á causa de estar en vísperas de la fiesta titular, quiso Pepe que se detuvieran á divertirse ese día, habiéndolo alborotado el Sr. Hernández amigo suyo en donde se alojaron esa noche, comenzó la diversión con las luces, procesión del Rosario, loas y retos con que estuvieron bastante distraídos y contentos. Al otro día, después de la solemne función de iglesia y almorzar, se fueron los dos para la plaza de gallos en donde fué mirando Pepe toda la flor y nata de los mañosos. — Con razón no nos encontramos á estos pajarracos cantando por esas selvas, si aquí están juntitos ostentando su habilidad; mira, Astucia, nos ocultaremos un poco mientras te digo quiénes son estos bichos para que los conozcas. Mira, aquél de sombrero de palma con toquillas de armiño y listones encarnados en los amarres, corbata roja, y chaqueta de lienzo, es español conocido por *Paco el curro*, merodea en el camino de Morelos en unión de su querida, que es esa trigueña que está á su lado llena de alhajas, á la que le dicen unos la *Mansflora* y otros la *Barragana vieja*, lo mismo que ése del